



EL TESTAMENTO DE UN BROMISTA

JULES VALLÈS

Periférica, 2006

Texto: Tarski D. Guzmán

Es bien sabido que una parte significativa de lo que, para entendernos, cabe llamar literatura comprometida, marcada por una carga ideológica manifiesta, adolece de unas buenas intenciones que casi siempre conducen a la beatería más aburrida y empalagosa. Por supuesto, también existe una tradición de literatura política estéticamente relevante, que sin duda pasa por Ehreburg o Brecht, y cuyo canon aún esta por completarse. Así lo demuestra esta recuperación por parte de una primeriza editorial de Jules Vallès (1832-1895), una especie de mito *underground* de la literatura de izquierdas del siglo XIX que ha sido aclamado por una larga estirpe de intelectuales: de Andreu Nin a Henri Lefebvre pasando por Jorge Semprún.

El testamento de un bromista circula por los terrenos de la sátira decimonónica –en ocasiones tiene dejes cercanos al *Diario de un don nadie* de los Grossmith– y la novela política eludiendo decididamente el naturalismo. La narración de la desventurada infancia y adolescencia del bromista, cabe suponer que trasunto de la propia vida de Vallès, se convierte así en una pieza destacada de la literatura del disparate, con afilados, saludables y, sobre todo, tronchantes efectos críticos: “Tengo ocho años. Me han internado en un colegio. El uniforme es un frac negro con sombrero de copa. Parezco una estufa. Los días de paseo me arrastro humillado e invisible en la cola de la clase. Sólo se ve la punta de mi pequeña nariz, siempre un poco mocososa, porque mis mangas impiden que me suene. En la ciudad me acusan de desaseado. Nuestro profesor se llama Sommer, tiene un perrazo negro. Cuando duerme, su perro muerde a los que se levantan y hacen ruido. Siempre me pegan porque bebo tinta: ¡no lo puedo evitar!”.